

# EL REFLEJO DE LO FENICIO EN EL INTERIOR PENINSULAR

Sebastián Celestino Pérez

El tema que pretendo desarrollar debería ser un eslabón geográfico más de los trabajos que conforman este libro, es decir, un área contigua a las zonas donde se ha atestiguado la colonización fenicia y que abarcaría un amplio espacio ocupado por las tierras del interior del Algarve y Alentejo portugués, un amplio territorio de la Baja Extremadura y la zona occidental de la Meseta meridional. Sin embargo, y espero no decepcionar a los lectores, el tema que voy a abordar se sale obligatoriamente del guión general de esta monografía. En efecto, y antes de adentrarme en la cuestión, valga como avance de las conclusiones que en esas tierras del interior no existe ningún indicio que nos permita hablar con una mínima solvencia de la presencia de fenicios, lo cual, como es lógico, no quiere decir que su influencia socio-cultural sea patente en todas estas zonas, aunque cuando se detecta con mayor intensidad es, precisamente, cuando la influencia orientalizable del sur se empieza a debilitar, lo que hemos interpretado como una acción directa de colonos tartésicos en estas tierras del interior a partir de la crisis de mediados del siglo VI a.n.e. (Celestino 2005; Celestino – Salgado e.p).

Cuando se hace una afirmación así, algunos podrían preguntarse cómo se justifican sitios como la necrópolis de Medellín (Almagro 1977; 1990; 2007) o las tumbas de El Carpio (Pereira 1989; 2005) y Las Fraguas (Fernández Miranda – Pereira 1992), por poner los ejemplos más difundidos; pero también un poblado como el Palomar de Oliva de Mérida (Jiménez – Ortega 2001) o, lo que es más significativo, los numerosos objetos de prestigio de densamente repartidos por estas tierras del interior, caso de los jarros de bronce, los quemaperfumes, «braserillos», tesoros áureos, etc. Por último, la construcción de un edificio de una gran complejidad arquitectónica y funcional como Cancho Roano ha proporcionado argumentos a algunos investigadores para interpretarlo como un monumento de clara titularidad fenicia (López Pardo 1990), argumento que podría ser discutible para el santuario más antiguo, el denominado Cancho Roano «C», levantado en los inicios del siglo VI (Celestino 2001a), pero que debemos descartar para el edificio más moderno o Cancho Roano «A», al que se hace alusión en ese trabajo, ya que este edificio tiene su vigencia en el transcurrir de casi todo el siglo V, incluyendo las tres fases constructivas a que fue sometido (Celestino et al. 1996). No nos cabe duda que Cancho Roano está inspirado en los santuarios fenicios recientemente descubiertos en el Bajo Guadalquivir, caso de Coria del Río (Escacena – Izquierdo 2001) y El Carambolo (Fernández Flores – Rodríguez Azogue 2005; Rodríguez Azogue – Fernández Flores 2005), pero sus constructores no son fenicios, como no son fenicias ninguna de las numerosas producciones documentadas en el interior de los diferentes complejos arquitectónicos.

Por lo tanto, en el interior sólo podemos hablar de lo «Orientalizable», fenómeno que si lo circunscribimos al plano material podríamos llevarlo hasta mediados del siglo VII, cuando se documentan las tumbas más antiguas de la necrópolis de Medellín, pero cuando también tiene lugar un fenómeno tan complejo como el de las estelas del Suroeste, que sin duda tienen su máxima expresión en esta época para desaparecer por completo hacia el siglo VI a.n.e. (Celestino 2001b) De cualquier forma, y aunque aceptemos que algunos de los objetos, las técnicas de fabricación, ciertas estructuras monumentales e incluso algunos rituales son de clara inspiración fenicia, parece que siempre olvidamos que desde que se producen los primeros contactos de los colonizadores en el sur peninsular

hasta que éstos se dejan sentir en el interior ha pasado más de un siglo, es decir, tres o cuatro generaciones. Debemos suponer que aunque no olvidaran sus orígenes fenicios, su lengua más o menos alterada y sus creencias adaptadas a la nueva realidad, la tercera y cuarta generación de esos primeros colonizadores debería sentirse más vinculada a la cultura indígena que a la propia de sus antepasados, quizá también porque ambas iban confluyendo de un modo más rápido del esperado. Hay otros matices que no me corresponde esbozar aquí, sobre todo porque otras lo han desarrollado con maestría, me refiero a la distinción entre los fenicios que se asentaron en las zonas oriental y occidental de la península, y las clases sociales, si se me permite la palabra, que representaban en cada uno de estos lugares (Frankenstein 1997; Aubet 1987, Arruda 2000), sin entrar tampoco a valorar el que esos fenicios llegados a la península estuvieran más bien ligados a grupos comerciales de parentesco (Larsen 1987), lo que facilitaría su ubicación final en nuestras costas.

Como es natural, la pregunta más importante que nos debemos hacer antes de acometer la cuestión es: ¿cuál sería el panorama arqueológico del interior del suroeste peninsular mientras se estaba produciendo la colonización en el denominado núcleo tartésico? La respuesta es desoladora, pues desconocemos por completo el asentamiento o su dispersión durante el Bronce Final en el entorno del Guadiana, que se viene considerado como el límite de la periferia tartésica (Rodríguez Díaz – Enríquez 2001). Nula es la información que poseemos del ritual funerario y menos sabemos aún de cualquier otro aspecto social. Sin embargo, y gracias a los materiales arqueológicos hallados, podemos reconstruir el territorio más densamente ocupado en este momento y que coincide, y esto se antoja de gran importancia, con las tierras de los mejores pastos del Alentejo, la Baja Extremadura y la Meseta Occidental, sólo completado por algunos puntos, tanto en altura como en llano, junto a la vega del Guadiana, sin obviar que algunos asentamientos de la Beira y el entorno de las sierras de la Estrella y Gredos pudieran haber tenido un interés relacionado con el oro aluvial (Vilaça 1995).

En el siglo VIII, en las tierras del interior, tenemos que hablar de depósitos de bronce de origen o tipo atlántico (Ruíz-Gálvez 1998), de una riquísima orfebrería también atlántica (Perea – Armbruster 1998, Perea 2005), de cerámicas bruñidas que mayoritariamente pertenecen al tipo Lapa do Fumo (Celestino – Enríquez – Rodríguez 1992), y, por supuesto, de la eclosión de las estelas de guerrero y femeninas, caracterizadas por poseer elementos de clara adscripción atlántica y cuya dispersión original, al norte del Guadiana, sólo permite avalar esa relación cultural con el ámbito atlántico (Barceló 1992; Galán 1993, Celestino 2001b).

Todos los objetos mencionados han sido hallados en ricas tierras de pastos, mientras que las productivas zonas agrícolas de la Serena occidental, Tierra de Barros, sur del Alentejo o suroeste de la Meseta están desprovistas de estos hallazgos. Es muy significativo que las riveras del Guadiana, la zona agrícola más rica y arqueológicamente mejor estudiada, representen tan sólo el 20% de todos estos hallazgos: Sagrajas (Almagro Gorbea 1977; Nicolini 1990; Perea 1991; Celestino – Blanco 2006), las estelas de Granja Céspedes, Olivenza y Valdetorres (Celestino 2001b) y la espada de Montijo (Almagro Gorbea 1977), entre los más destacables.

Es precisamente a partir del siglo VIII cuando comienza a intuirse tímidamente una relación comercial con el Suroeste a través, fundamentalmente, de las estelas de guerrero y de los tesoros áureos, caso del hallado en Berzocana, gracias a la patera que lo acogía (Almagro Gorbea 1977); pero de mayor interés por su número y calidad son los tesoros portugueses de Estremoz, que da nombre a un tipo de técnica presente en varias joyas y que hasta el momento, junto con el de Sagrajas-Berzocana, han sido los únicos considerados autóctonos peninsulares, el de Cantonha, en Guimaraes (Jalhay 1931), de gran importancia porque es el único que aúna las dos técnicas conocidas en estos momentos, la antes aludida de Estremoz y la inspirada en los torques de Sagrajas-Berzocana, certificando con ello la contemporaneidad de ambas técnicas, y por último, el de Nuestra Señora da Guia (Kalb 1977), lugar de verdadera importancia arqueológica porque en el mismo yacimiento en el que apareció el tesoro se hallaron otros elementos de hierro, amén de una importante conjunto de bronce que abren definitivamente la puerta al contacto mediterráneo (Vilaça e.p).

En este sentido hay dos fenómenos que interesan especialmente resaltar; en primer lugar, que no aparecen estelas en las zonas nucleares de Tartessos durante las fases más antiguas, y cuando aparecen, en pleno Periodo Orientalizante, se circunscriben al valle del Guadalquivir, sin que se hallan documentado en los núcleos de mayor importancia colonial como Huelva o Cádiz; y en segundo lugar, que tampoco lo hacen los grandes tesoros de oro macizo tan peculiares de la zona del interior, hechos arqueológicos propios, sin embargo, tanto del Alentejo, de Extremadura, como de la Meseta Occidental. Por lo tanto, parece que nos hallamos ante manifestaciones exclusivas de las gentes que habitan las tierras del interior.

Tanto las estelas más septentrionales que se hallaron en el entorno del Tajo, como la orfebrería o las armas de bronce, se han datado hacia los siglos X y IX, y sólo algunos autores como Ruíz-Gálvez han rebajado estas fechas hasta el VIII. Y parece lo más lógico. No podemos datar los tesoros áureos en el entorno del siglo X, y en ocasiones

antes como es el caso del tesoro de Bodonal, y esperar a que tres siglos más tarde hagan su aparición los tesoros orientalizantes, máxime en una zona donde la tradición del oro está muy arraigada. Esta misma circunstancia se podría trasladar a las estelas, cuyas representaciones cada día parece más claro que pervivirán hasta bien avanzado el Período Orientalizante en las tierras del interior.

Quizá lo más interesante de estos hallazgos, y se aprecia de nuevo y como es lógico mucho mejor a través de las estelas, es el tímido pero constante desplazamiento que se detecta en la presencia de estos monumentos en sentido Norte-Sur, o más concretamente en sentido NW-SE, desde las tierras septentrionales del Tajo (Beira-Sierra de la Estrella-Hurdes), hacia la cuenca media del Tajo (Toledo-Sierra de Montánchez), para generalizarse en la cuenca media del Guadiana, donde se han descubierto casi el 50% de los monumentos si añadimos los nuevos hallazgos recientemente publicados (Domínguez de la Concha – González Bornay – de Hoz 2005; Enríquez 2006; González Ledesma, e.p. ). Estos hallazgos del Guadiana, salvo contadas excepciones, no se realizaron junto a los ríos mayores como el Guadiana o el Zújar, sino en las ricas tierras de pasto de La Serena oriental y la Meseta occidental. Este momento coincide con la aparición del guerrero ya representado, es decir, con las estelas propiamente dichas, destinadas a ir hincadas en el suelo y con la presencia de los elementos de adorno de clara raigambre mediterránea. A partir de este momento se comienzan a documentar en el alto valle del Guadalquivir, donde se concentran la mayor parte de los monumentos andaluces, circunstancia que se ha visto recientemente ratificada por la difusión de las nuevas estelas cordobesas de enorme interés interpretativo (Murillo y otros 2005; García Sanjuán et al. 2006). Sin embargo, y en consonancia con lo anterior, estas nuevas estelas andaluzas se circunscriben al Alto Guadalquivir, por lo tanto, no dejan de ser una prolongación geográfica de los numerosos ejemplares hallados en el Guadiana, si bien ahora se percibe una generalización de algunos elementos muy significativos como el casco de cuernos, lo que nos ha llevado a plantear una estrecha relación con las concepciones que, contemporáneamente, se están desarrollando en el Próximo Oriente (Celestino – López-Ruíz 2006).

La riqueza y el interés comercial que despierta Tartessos a partir de la colonización, unido al interés de los fenicios por los recursos del interior, debieron propiciar ese acercamiento paulatino de los indígenas del interior hacia el sur, pues parece obvio que sólo los personajes representados en las estelas, o bien los grupos que erigieron las estelas, estarían capacitados para propiciar ese intercambio con la zona nuclear de Tartessos. Este comercio debió basarse en productos pecuarios fundamentalmente, que es donde reside la riqueza económica del interior, así lo avala al menos la dispersión de los hallazgos arqueológicos como ya hemos visto. Sin embargo, cada día va tomando más fuerza la idea de que habría un especial interés por el oro aluvial que aportaban los ríos de la cuenca norte del Tajo, de donde proceden los tesoros áureos y los hallazgos arqueológicos más significativos, amén de ser el lugar donde se debieron originar las estelas básicas. No podemos olvidar que también hay una rica zona minera en el sur del Alentejo que coincide precisamente con la distribución de las estelas alentejanas (Correia 1996) y de los ricos hallazgos orientalizantes a los que luego aludiré. Está aún por calibrarse la importancia de otras explotaciones mineras como la del estaño detectada en el Cerro de San Cristóbal de Logrosán (Meredith 1998), que de cualquier forma reúne en su entorno media docena de losas básicas y la primera estela hallada a finales del siglo XIX por Roso de Luna, la de Solana de Cabañas.

La sociedad que podemos entrever en estos años del siglo VIII y aún en las primeras décadas del VII, denota una jerarquización cuyas señas de identidad, a falta de asentamientos y necrópolis, son las estelas y los hallazgos aislados caracterizados por la orfebrería y la metalistería. No parece que haya dudas en concluir que esta jerarquización facilitó la interrelación con las comunidades tartésicas del sur. Por lo tanto, si los productos fenicios llegan al interior es por la existencia de jefaturas estructuradas que pueden garantizar la llegada y distribución de esos productos. A cambio, los productos derivados del ganado, el oro del norte y, sobre todo, la mano de obra necesaria para la explotación minera y agrícola del sur, pudo muy bien provenir de este vasto territorio del interior; si bien no sabemos si esa mano de obra se facilitó en régimen de esclavitud (Moreno Arrastio 2000) o se trató de una emigración consentida por la necesidad de explotar las tierras de cultivo del Guadalquivir ante el constante aumento demográfico en época orientalizante.

Se ha hablado en numerosas ocasiones de la eclosión demográfica de Tartessos a partir de la colonización fenicia, y parece obvia a tenor de los nuevos y amplios asentamientos que se están detectando, algo que por otra parte no se aprecia en el interior hasta los comienzos del siglo VI. De todos es sabido que se necesitaría mano de obra abundante no sólo para la explotación minera, sino también para los puestos indirectos que ello conllevaría, utilizando términos económicos modernos: la urbanización de nuevos espacios, la adecuación de vías o caminos hacia los lugares centrales y los puertos para facilitar el transporte, la creación de puestos de control. Pero también habría que destinar una numerosa mano de obra para habilitar y mantener los puertos, realizar los trabajos de estabilización, a lo que habría que añadir el ingreso de un buen número de marineros que permitieran aumentar las ca-

da vez más importantes transacciones comerciales en puntos también cada vez más numerosos y alejados. Consecuentemente, habría que aumentar considerablemente la flota con los trabajos de tala y carpintería que ello supone, amén de la construcción de almacenes, envases para el transporte, etc.. Por último, también sabemos del cambio drástico que sufrió la explotación agrícola en las tierras del Bajo Guadalquivir a partir del siglo VII, consecuencia lógica no sólo de la necesidad de generar excedentes para el comercio sino también para alimentar a la cada vez más numerosa comunidad indígena y fenicia; por ello, no sólo se necesitaría un ingente número de agricultores (y paso de puntillas sobre la naturaleza de estos agricultores), sino también de constructores-albañiles, herreros, ebanistas, artesanos y personal relacionado con las labores administrativas de los bienes sociales.

Algunos hemos propuesto en varias ocasiones (Barceló 1995, Belén y Escacena 1992; Celestino 2001b) que la única forma de generar y conseguir esa numerosa mano de obra es mediante la aportación demográfica de las tierras del interior que parece evidente a tenor del espectacular crecimiento productivo del área de Tartessos y que parece imposible que hubiera podido realizarse sólo con los colonos fenicios y el concurso de los descendientes del Bronce Final que habitaban esas tierras del sur, que hubieran necesitado de varias generaciones en un ambiente ideal para saciar esas necesidades. Este hecho, además, justificaría el éxito de la tardía orientalización de las tierras del interior. En efecto, el auge y la generalización de lo que denominamos «orientalizante» no llega a las tierras del interior hasta el siglo VI, por lo que no podemos denominar a este período «postorientalizante», sino como orientalizante final o tardío, pues de otra forma parece que hablamos de una fase residual enquistada en el interior mientras que el extremo meridional se adentra en la fase turdetana. La mejor expresión de lo orientalizante en Extremadura, la Meseta occidental y el suroeste portugués se desarrolla en estos momentos, por lo tanto es una continuación de la fase orientalizante que se desplaza geográficamente, pero manteniendo la esencia de todas sus manifestaciones hasta finales del siglo V. Son muchos los argumentos que se pueden utilizar para justificar este espectacular aumento de las manifestaciones orientales en el interior en una fecha tan tardía, pero parece que sólo se puede justificar por el desplazamiento de gentes del núcleo tartésico hacia el interior tras la crisis de mediados del siglo VI a.n.e. Tal vez el éxito de esa «orientalización» tardía del interior se deba a la dispersión de buena parte del excedente de mano de obra que surgió tras la crisis de Tartessos. Es importante hacer notar cómo a partir de este momento se dejan de elaborar estelas y, lo que es más importante, hay un cambio estratégico en la ocupación del territorio, ocupándose intensamente las tierras de mayor rentabilidad agrícola en detrimento de las zonas de pasto donde se concentraban los hallazgos del Bronce Final.

Pero el modelo que surge en el interior tiene también una acusada personalidad fruto de la interacción entre los nuevos elementos procedentes del sur y la población autóctona. Si por un lado parece que se reproducen las mismas manifestaciones religiosas derivadas del modelo oriental desarrollado en el núcleo tartésico desde los comienzos de la colonización, caso del santuario de Cancho Roano como ya hemos visto, en el que concurren otras manifestaciones que trascienden la propia planta del edificio, como los principales elementos sacros que lo conforman, caso de los altares de piel de toro extendida que hoy están presentes en un buen número de santuarios, lugares de culto y otras manifestaciones artísticas no sólo del entorno cultural orientalizante, sino también del ámbito ibérico (Celestino 1994; e.p. ; Lagarce y Lagarce 1997; Escacena 2002; Maier 2003, Junyent et al. 2005; Marín Ceballos 2006). Sin embargo, el sistema socioeconómico que se constituye en estas zonas del interior parece que deriva o se cimienta en la propia estructura social de la etapa anterior, por lo que su plasmación es sensiblemente diferente a la que existía en el área nuclear de Tartessos. Un ejemplo evidente de esto son los que podríamos denominar como «edificios monumentales» que caracterizan el paisaje interior del valle del Guadiana, complejos arquitectónicos enterrados bajo túmulos tras su destrucción hacia finales del siglo V, coincidiendo con lo que Rodríguez Díaz denominó con acierto como la «crisis del 400» (Rodríguez Díaz 1994). Hasta el momento tan sólo contamos con la excavación y valoración integral del edificio de La Mata de Campanario (Rodríguez Díaz ed. 2004) que, por su estructura, los materiales recuperados en el interior y los pequeños asentamientos descubiertos en su entorno, ha permitido emitir un modelo del territorio que podría ser válido sólo a falta de contrastarlo con al menos otro de los sitios documentados. Estos edificios bajo túmulo siguen la pauta arquitectónica de Cancho Roano, en cuyo modelo se inspiran, si bien la calidad de la construcción es más descuidada y las plantas, al menos la que conocemos de la Mata, parece levantada para ejercer una función de marcado carácter económico.

Por lo tanto, no parece que las manifestaciones de cariz oriental que aparecen en el interior peninsular sean una consecuencia del contacto fenicio, sino más bien el resultado de una colonización tartésica hacia el interior tras la crisis del siglo VI. Si hubiera habido por parte de los fenicios un interés más allá del demográfico por las tierras del interior, sería lógico encontrar un grado de aculturación cuanto menos incipiente, sin embargo, por los materiales encontrados durante la primera centuria de la colonización, nos damos cuenta de que todos pertenecen a bienes de prestigio, que son los que aportan las representaciones de las estelas y otros descontextualizados disper-

sos por el interior; sin embargo, no se ha encontrado ni una sola estructura ortogonal, menos aún un núcleo urbano aunque sea modesto; se siguen sin ocupar las tierras agrícolamente más fértiles y tampoco se perciben las transformaciones económicas necesarias para crear una sociedad más compleja (Celestino – Salgado e.p.)

La organización social que se atisba en el interior hasta bien entrado el siglo VII demuestra la independencia sociocultural de estas zonas que deriva lógicamente del potencial económico de cada territorio; Tartessos debió colaborar en el dominio de la costa y, por lo tanto, del comercio a la larga distancia en convivencia con los colonos fenicios, además de participar en otro factor determinante para la economía de esta zona como fue la explotación minera. Las tierras del interior parecen fundamentarse en una economía basada en la explotación pecuaria, lo que le confiere una especial personalidad. Al margen del oro aluvial procedente del norte del Tajo ya aludido, debo insistir, ante la generalización de esta hipótesis por parte de la mayor parte de los investigadores, en que no existe ninguna potencialidad minera susceptible de ser explotada en esta época, y mucho menos indicios de esa explotación. No se trata de apoyar un argumento de silencio, es nada más que la consecuencia de un análisis exhaustivo de esas posibilidades. Todas las sierras tienen una potencialidad minera, ya sea cobre, estaño, plata, hierro, etc., pero ninguna ha aportado el más leve indicio de explotación salvo el caso ya mencionado de Logrosán, aún por valorar en su contexto cronológico. Y en el caso de que existiera una ruta del estaño hacia el norte, ésta se llevaría a cabo por el Atlántico, por lo que no incidiría en las comunidades que habitaban las tierras del interior. La famosa ruta de la Plata, utilizada con elasticidad por algunos investigadores para justificar las hipotéticas relaciones norte-sur en el interior peninsular desde el Bronce Final, no existía como tal, y un simple vistazo a la ubicación de los hallazgos pre y protohistóricos en Extremadura nos debería persuadir de tan extendido error. La rutas de penetración hacia el interior se ciñen a los cursos de los ríos Guadiana y Tajo y al corredor que une el Alto Guadalquivir con la Serena extremeña, desembocando en el Guadiana por su curso medio a través del río Zújar.

En definitiva, el sistema sociocultural y comercial no varió sustancialmente hasta finales del siglo VII y sólo en sitios muy puntuales, porque buena parte del territorio del interior siguió sin modificar sus bases económicas y sociales hasta mediados del siglo VI a.n.e. Pero también es verdad que hacia finales del siglo VIII se detecta un tímido acercamiento hacia el valle del Guadiana e incluso se han documentado pequeños asentamientos *ex novo* que, curiosamente, siempre reúnen las mismas condiciones estratégicas y ecológicas que en la etapa inmediatamente anterior, lo que demostraría que no variaron la base productiva, que por las condiciones paisajísticas siguió girando en torno a la ganadería. La causa de ese desplazamiento hacia el Guadiana se podría justificar por lo tanto en la búsqueda de un acercamiento hacia el sur para beneficiarse de los cada vez mayores estímulos comerciales de esta zona, aunque sin romper con sus sistema económico de base.

Los ensayos sobre el modelo de poblamiento en la zona del Guadiana a finales del Bronce Final, y a falta de grandes hallazgos, se han inspirado siempre en el modelo tartésico, según el cual, los asentamientos detectados responderían al control estratégico para dominar las vías de comunicación que siempre se trazan en dirección N-S (Rodríguez Díaz – Enríquez 2001). Sin embargo, hay que hacer dos aclaraciones; en primer lugar, el Guadiana es un río prácticamente exento de peligros y vadeable por cualquiera de sus tramos y puntos, por lo que hablar de «poblados de vado» no parece que se ajuste a una realidad estratégica. Y en segundo lugar, las diferencias que existen entre los asentamientos del Tajo y del Guadiana son tan profundas que ese eje N-S parece difícil de justificar, aunque funcione puntualmente durante las fases finales del Periodo Orientalizante, pero sólo en función de los materiales arqueológicos hallados, que no en cuanto a sus respectivas estructuras socio-económicas. Parece claro que la ocupación del Guadiana obedece más bien al control y comunicación que aporta el trazado del propio río, lo que justifica la evidente afinidad arqueológica tanto con la meseta occidental como con el Sur de Portugal. El Guadiana tiene además un importante afluente como es el Zújar que comunica las tierras del Guadiana Medio con el Guadalquivir, por donde, como ya se ha apuntado, se ensayó y desarrolló la «orientalización» de estas tierras.

La activación del interior debió ser una consecuencia de la necesidad de la pujante sociedad tartésica de colocar sus cada vez mayores excedentes una vez satisfecho el mercado fenicio. Para mantener, si no aumentar, el estatus de esa sociedad tartésica, una salida coherente de todo mercado es introducir sus productos en un nuevo espacio como en este caso son los territorios del interior; es decir, ampliar la zona de demanda a cambio de materias primas. Por todo ello, creo que el verdadero interés por las tierras del interior comienza cuando ya se ha sustanciado el Período Orientalizante en Tartessos, por lo que hay que tener mucha fe para ver una sintonía cultural en ambas zonas durante el siglo VIII y la primera mitad del VII. Es sólo a partir de este momento cuando podemos hablar de un territorio que se va configurando como la periferia de Tartessos y cuando podemos hablar con solvencia de la influencia oriental en el interior, influencia que llegaría primero por el Guadalquivir hacia la cuenca media del Guadiana, espacio donde se vivía el fenómeno de las estelas más complejas y donde se producían la mayor parte

de los escasos hallazgos relacionados con asentamientos. Medellín pudo ser el primer punto de interés por parte de los colonos tartésicos, una zona junto al Guadiana que no entraba en conflicto con las zonas adyacentes de La Serena, centradas en la explotación ganadera, y que abría una nueva posibilidad de explotación económica, la agricultura, hasta ese momento circunscrita a pequeñas explotaciones de subsistencia. El desarrollo de Medellín a partir del siglo VI hizo bascular buena parte del poblamiento hacia el Guadiana y los territorios cercanos más propicios para la agricultura en detrimento de los paisajes de pastos tradicionalmente ocupados durante todo el Bronce Final; el hallazgo del poblado de El Palomar de Oliva de Mérida (Jiménez – Ortega 2001) sería por ahora el ejemplo más elocuente de lo aquí expuesto; pero también los numerosos asentamientos de pequeño tamaño localizados en la Serena occidental, tanto en el entorno de Cancho Roano (Walid y Nuño 2005) como en el de la Mata de Campañario (Rodríguez Díaz ed. 2004).

Hasta ahora hemos manejado un modelo de asentamiento en el Periodo Orientalizante que es deudor del Bronce Final, es decir, que sería una continuación del modelo anterior pero introduciendo las innovaciones propias de este periodo histórico. Sin embargo, cada día parece más claro que ese modelo no existe y que se comienza a configurar otro que se amolda más a la realidad arqueológica.

El modelo que hasta ahora se preconizaba estaba basado en el que se desarrollaba en el mundo tartésico toda vez que esta área del Guadiana se consideraba ya dentro de la periferia tartésica. De este modo, se han buscado lugares en alto fortificados a modo de *oppida* que deberían controlar vados y tierras ricas en cultivos y pasto, donde además se controlara el comercio de los metales. El valle Medio del Guadiana era el paradigma de este modelo, donde existían, o deberían existir, sitios o lugares centrales de los que dependían o deberían depender otros poblados satélites; un modelo casi calcado del propuesto por Ruiz y Molinos (Ruiz – Molinos 1997) para la Alta Andalucía. La Alcazaba de Badajoz (Berrocal 1994; Enríquez et al. 1998) Medellín (Almagro Gorbea – Martín 1994), Alange (Pavón 1998), Cogolludo y Magacela (Rodríguez Díaz – Enríquez 2001), serían esos puntos centrales. Sin embargo, y a pesar de las excavaciones, sondeos y prospecciones a que han sido sometidos todos estos puntos, en ninguno de ellos se ha hallado el menor rastro ni de murallas ni de la mínima organización urbana, y cuando han aparecido algunos materiales claramente orientalizantes, casos del castillo de Medellín o de la Alcazaba de Badajoz, han sido puntuales y claramente se pueden vincular a estructuras de un alto significado social. En realidad este modelo es heredero del que ensayó Almagro Gorbea en 1977 y que ha mantenido en publicaciones posteriores (1990 y 1996). El modelo tiene tres puntos fundamentales: 1. En el orientalizante se erigieron grandes núcleos de población sobre poblados del Bronce Final. Pero si somos realistas, lo único que conocemos es una pequeña estructura entre los estratos XV y XVI de Medellín, un pequeño tramo de un muro de 30 cm de anchura en la Alcazaba de Badajoz y una estructura algo más amplia pero prácticamente inédita en La Bienvenida de Ciudad Real (Zarzalejos – López Precioso 2005). 2. Los poblados son en alto, fortificados y similares a los de Andalucía Occidental. Y 3, Los poblados se articulan junto a la Vía de la Plata. Pero ni Medellín ni la Alcazaba de Badajoz están en esa vía, sino que si los ponemos en relación con los otros asentamientos orientalizantes que conocemos, concentrados en La Serena, comarca suroccidental de Ciudad Real y norte de Córdoba, lo que dibujan es una vía de comunicación que une la futura vía romana entre Córdoba y Medellín, vía que debió ser activa desde los comienzos del orientalizante y por donde penetraron las primeras influencias orientales.

Pero el modelo de asentamiento del Periodo Orientalizante cambia radicalmente y en nada se parece al propuesto anteriormente. Lo más importante es que a partir de finales del siglo VII, y principalmente durante el VI, hay un cambio de estrategia económica que servirá para remover los cimientos de la sociedad indígena. Los lugares donde se detectan la mayores hallazgos de cerámicas, metales y, lo que es más importante, las estelas de guerrero, pierden por completo su importancia en detrimento de otras zonas cuya riqueza se basa en la explotación agrícola. En este contexto se puede entender Medellín y el Palomar de Oliva de Mérida, hasta el momento el único núcleo urbano complejo del orientalizante a expensas de los resultados de las actuales excavaciones en el cerro de la Mesa, en la provincia de Toledo, o los ya conocidos muy parcialmente de Alarcos y la Bienvenida (Zarzalejos – López Precioso 2005). Con esta perspectiva toma una nueva dimensión excavaciones como Portaceli, en la ladera del castillo de Medellín (Jiménez – Haba 1995), donde aparecieron en una pequeña excavación de urgencia una buena colección de cerámicas tartésicas de muy buena calidad que podrían pertenecer al verdadero núcleo urbano asociado a la necrópolis de Medellín.

Si los resultados arqueológicos en los puntos clave propuestos por el equipo de la Universidad de Extremadura han sido prácticamente nulos, tampoco las excavaciones que se llevaron a cabo en el castillo de Medellín por parte de Almagro y Martín Bravo (1994) lograron detectar la fortificación de época orientalizante, ni tan siquiera nuevas estructuras murarias en la zona más alta del cerro. Curiosamente, y sin excepción, en todos estos lugares se han documentado, sin embargo, fortificaciones y otros restos con numerosos materiales del momento prerromano;

de igual manera que hay que decir que también en casi todos los casos los estratos infrapuestos a esta fase prerromana pertenecían al Bronce Final.

Sí llama la atención, sin embargo, el alto grado de desarrollo tecnológico de estas zonas del interior, capaces de realizar en sus propios talleres y con oro indígena, productos donde ya incorporan las técnicas procedentes del Mediterráneo, como la soldadura, la filigrana o el granulado (Celestino – Blanco 2006). Esta circunstancia ya se aprecia en el tesoro de Alamo, en Moura (Parreira – Pinto 1993), pero sobre todo en el del Carambolo (Perea – Armbruster 1998), donde en unas piezas típicas del ámbito tecnológico denominado Villena-Estremoz se utiliza ya la filigrana y el granulado. Aún más significativo se antoja el tesoro de Aliseda, donde se combinan los elementos y técnicas orientales con piezas y motivos iconográficos de tradición indígena como las arracadas amorcilladas o las diademas, perfectamente conocidas en las zonas del interior desde el Bronce Final y representadas tanto en las estelas-guijarro como en las diademadas. No menos significativo es el hallazgo de las placas de oro de Pajares (González Cordero – Alvarado – Blanco 1993; Blanco – Celestino 1998; de la Bandera 1998), también con técnica y motivos orientales que se combinan con otros del más puro estilo indígena, como ya se apreciaba en las placas de Serradilla (Almagro Gorbea 1977). Las piezas de Pajares fueron además halladas en un ambiente poblacional típico de la cultura de Cogotas, aunque es evidente la relación de este sitio con las gentes del Guadiana gracias a los numerosos hallazgos de copas griegas, cuentas de pasta vítrea o el hallazgo de tumbas significativas con el conjunto urna-braserillo, pero manteniendo las formas y la técnica indígena, combinando a veces con magníficas imitaciones de jarros tartésicos realizados todavía a la cera perdida, caso del famoso jarro de Villanueva de la Vera (Blanco 1956), a cuyo municipio pertenece también la finca de Pajares.

Por último, y recientemente publicado, hay que referirse al tesoro de Talavera la Vieja (Celestino – Jiménez 2004; Celestino – Blanco 2006; Jiménez ed. 2007), hallado en circunstancias que distan mucho de ser las ideales como se ha pretendido difundir en esa última monografía, en la que se nos intenta hacer creer que todo el conjunto proviene de una urna con diferentes incineraciones en el interior. Al contrario, sabemos por los informes de los técnicos de Patrimonio de la Junta de Extremadura que el hallazgo del conjunto se produjo en un área de 20 metros cuadrados de superficie, lo que pone en serias dudas la pretendida concentración de un hallazgo que se ha querido homogeneizar para dar brillantez a unas conclusiones que de por sí parten de una falsa premisa. Por lo tanto, la información que tenemos del descubrimiento es muy confusa, fundamentalmente porque emana de los furtivos que lo hallaron «bajo una losa, en un hueco del suelo ocupado por un gran vaso que contenía buena parte de las piezas», declaración que entra en clara contradicción con la elaborada por el técnico de Patrimonio antes aludido. Además, en el acta de entrega del conjunto se relacionan otros fragmentos de vajillas cerámicas pertenecientes a vasos de diferentes tamaños. De esta descripción del hallazgo es imposible deducir si todos los vasos cerámicos, ocho en total, proceden del mismo lugar, y tampoco podemos estar seguros, más bien en absoluto, de que el conjunto proceda de una sola vasija, la urna mencionada por los descubridores. Por lo tanto, una vez más se ha perdido la ocasión de documentar un tesoro en su contexto original. Por consiguiente, y una vez más, el interés del conjunto se centra en su análisis estilístico e iconográfico. La primera conclusión de este análisis es que las arracadas de oro del conjunto con adornos en forma de «trompetillas» son las representaciones más antiguas de la joyería orientalizable extremeña, anterior incluso a las de oro halladas en el conjunto de Aliseda (Celestino – Blanco 2006: 52). Las arracadas muestran un conocimiento aún parcial de la soldadura en oro, con aplicaciones muy groseras y el añadido de anillas de alambre circulares para enmascarar esos defectos en la fusión. Es importante destacar que esas imperfecciones son apreciables en una de las caras de las arracadas, lo que podría abogar por un destino ritual de las mismas, tal vez para ornamentar alguna imagen de significado sacro como ya se ha propuesto en algún caso (Bendala 2000). El conjunto no es cronológicamente homogéneo, por un lado habría que clasificar las arracadas con «trompetillas», que unidas al escarabeo, el anillo y el sello con la representación de un león nos llevan hacia la mitad o finales del siglo VII, mientras que la arracada rematada en capullos y los brazaletes arriñonados serían posteriores; estas fechas son consecuentes con las dataciones emitidas para los vasos cerámicos que parecen acompañaban al conjunto (Salgado 2007).

En la zona del Guadiana no encontramos hallazgos puntuales de esa dimensión, no hay tesoros áureos o tumbas de alto significado social y ello a pesar de ser la zona más trabajada del interior. Al contrario, la extensa necrópolis de Medellín denota una cierta homogeneidad social, si bien hay que tener en cuenta que tan sólo se ha excavado una pequeña superficie de la misma. Pero la información de Medellín es fundamental para entender el fenómeno orientalizable en el Guadiana. En primer lugar, y si tenemos en cuenta los conocimientos que tenemos del Guadiana entre fines del VII y la primera mitad del VI, muy desdibujado y en buena medida aún anclado en un sistema heredado del Bronce Final, podríamos decir que en esta amplia zona se produjo una colonización de la tierra por parte de indígenas tartésicos llegados del sur, pero en ningún caso se puede hablar de una presencia feni-

cia en la zona. Esto no quiere decir que no puedan haber llegado algunos elementos aislados que introdujeran innovaciones técnicas artesanales o constructivas; pero también parece lógico que estos agentes sean tartésicos.

No voy a hacer una lista de ejemplos que niegan esa presencia fenicia en el interior, pero la propia táctica colonizadora fenicia, y la de la historia de las colonizaciones en general, contradice esa afirmación; pero hay otras que son taxativas, caso de la lingüística. En efecto, las conocidas inscripciones de las losas de Almorquí, Siruela, Monfragüe (Almagro Gorbea 1977), Abobada (Beirao 1986) o Capote (Berrocal 1987), pertenecen al signario del Suroeste, a las que se une la estela de Medellín, también relacionada con el alfabeto tartésico, sin que se hayan encontrado en ningún caso, y hay decenas de inscripciones en las cerámicas, grafías puramente fenicias.

Si el valle Guadiana se incorporó pronto a la bibliografía como periferia tartésica para justificar los extraordinarios hallazgos antes aludidos, fundamentalmente gracias a la necrópolis de Medellín y el santuario de Cancho Roano ¿Cómo podemos justificar los hallazgos antiguos y de fuerte raíz oriental que jalonan el río Tajo hasta la Meseta occidental? Ya Blanco Freijeiro adelantó la posibilidad, en función del hallazgo del tesoro de Aliseda, de que estas tierras del interior hubieran tenido una relación más estrecha de lo que se sospechaba con el mundo oriental gracias a la colonización fenicia. Pero era un hallazgo aislado relacionado con una tumba que, como hemos intentado demostrar recientemente (Celestino – Blanco 2006: 120; Celestino – Salgado e.p. b), responde a una ocultación donde se mezclan elementos fenicios que alternan con otros de técnica indígena e iconografía oriental, circunstancia que ya fue subrayada en 1991 por Perea en su monográfico sobre la orfebrería protohistórica peninsular. Llama poderosamente la atención el hecho de que los hallazgos de época orientalizante realizados en el valle del Tajo se circunscriban casi exclusivamente a tumbas y ocultaciones, mientras que los que se adscriben a poblados pertenecen ya a una fase muy tardía de esa época.

A finales del siglo VII a.n.e., la sociedad del interior, en torno al Guadiana, era sensiblemente diferente a la que existía en la etapa anterior, pero a la vez, estaba muy alejada de la colonial fenicia, y esa distancia entre ambos hechos, el cronológico y el cultural, será lo que le confiera su propia originalidad. Pero mucho más alejada de la realidad colonial estaba la zona del Tajo, donde sin embargo se vienen produciendo desde hace años hallazgos muy significativos. Además del tesoro de Aliseda, tenemos que añadir los de Serradilla o Pajares, amén de numerosos objetos de oro hallados en el entorno del Tajo, así como las ya mencionadas tumbas de las Fraguas, Casa del Carpio o Talavera la Vieja, o el edificio de Torrejón de Abajo. Estos importantes hallazgos no deben llevarnos a pensar que existió un alto grado de «orientalización» en las tierras al norte del Guadiana, pues se trata de casos muy aislados que parecen responder a relaciones muy especiales y privilegiadas de Tartessos con personajes destacados que debieron favorecer una relación comercial fluida con los agentes del sur, ahora a través de la periferia tartésica del Guadiana como intermediaria. Se han propuesto muchas hipótesis, desde la entrada de esta zona del Tajo en la órbita cultural tartésica, hasta la existencia de estos espectaculares hallazgos como consecuencia de matrimonios mixtos entre indígenas y colonos (Ruíz-Gálvez 1992; Martín Bravo 1998). La demostración de que estos hallazgos no responden en absoluto a la tónica general de la sociedad que se organiza en torno al Tajo son los resultados obtenidos en los poblados que se han excavado en relación con estos hallazgos. Los poblados de Aliseda (Rodríguez Díaz – Pavón 1999) y del Risco (Enríquez – Rodríguez Díaz – Pavón 2001), éste relacionado con el Torrejón de Abajo (García Hoz – Álvarez Rojas 1992), están ubicados en alto y con un grado de desarrollo que en muy poco se diferencia de las últimas fases del Bronce Final. Mientras, los hallados realizados en las zonas más septentrionales, como el de Pajares (Celestino ed. 1999), están estrechamente relacionados con la cultura meseteña, lo que no impide que entre sus ajuares aparezcan elementos de clara raigambre tartésica. Como ejemplo, además del escaso desarrollo de los poblados asociados a estos hallazgos, hay que mencionar la significativa presencia de cerámica a mano, que supera a veces hasta el 90% del material recogido, circunstancia que no se corregirá hasta el siglo V, cuando se generaliza el torno en la zona del Tajo, o al menos eso parece desprenderse de los primeros trabajos llevados a cabo en el sitio toledano del Cerro de la Mesa (Ortega – del Valle 2004), hoy en profunda revisión.

No parece, por lo tanto, que quepan muchas dudas sobre la estrecha relación de algunos hallazgos del entorno del Tajo con ciertas manifestaciones tartésicas del Guadalquivir, en un proceso de interacción recientemente ponderado (Pereira 2005). Sin embargo, no podemos olvidar que el Tajo también es una importante vía de comunicación hacia el interior, por lo que no podemos desechar la posibilidad de que algunas de esas tempranas manifestaciones arqueológicas en la cuenca del Tajo sean una consecuencia del temprano establecimiento de asentamientos fenicios en el amplio espacio de su desembocadura (Pellicer 2000). Los casos de Abul (Mayet – Tavares 1997) y Santa Olaia (Arruda 2002) son quizá los más significativos, pero también es cierto que su existencia debió estimular otros enclaves fuertemente influenciados por la corriente orientalizante, caso de Santarem (Arruda 2002), Alcaçer do Sal (Tavares et al. 1981; Peixao 2001) o Almaraz (Barros – Cardoso – Sabroso 1993). No sería descabe-



llado pensar que a través de esta corriente también podrían haber llegado hasta la cuenca media del Tajo esas influencias orientalizantes. Cuando se objeta la ausencia de poblados en una buena parte del recorrido del Tajo, se olvida que éste no funciona como el Guadiana, sino que por el contrario, presenta serias dificultades para ser vadeado, por lo que los hallazgos hasta ahora localizados se establecen precisamente en esos escasos puntos, donde la posibilidad de vadear el río es fundamental para concebir un asentamiento estable. Otros autores restan importancia a la colonización fenicia del estuario del Tajo, decantándose más bien por una colonización tartésica de esa zona (Torres 2005), pero en cualquier caso, no deja de ser una vía de penetración de los influjos orientalizantes que aún estar por estudiar en profundidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M.  
(1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Biblioteca Praehistorica Hispana XIV. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.  
(1990): «El Periodo Orientalizante en Extremadura» en *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2. Mérida: 85-125.
- ALMAGRO GORBEA, M. ET AL.  
(2007): *La Necrópolis Tartésica de Medellín*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.  
(1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Discurso de la Real Academia de la Historia. RAH. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. – MARTÍN BRAVO, A.  
(1994): «Medellín 1991. La ladera Norte del cerro del castillo» en Almagro Gorbea y Martín Bravo (eds.), *Castros y oppida en Extremadura Complutum Extra*, 4: 77-128.
- ARRUDA, A. M.  
(2002): *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6 [1999-2000]. Barcelona.
- AUBET, M.<sup>a</sup> E.  
(1994): *Tiro y las colonias fenicias de occidente* (2ª edición). Crítica. Barcelona.
- BANDERA, M.<sup>a</sup> L. DE LA  
(1998): «Arracada orientalizante de Villanueva de la Vera (Cáceres): propuesta de reconstrucción». *Spal* 7: 107-128.
- BARCELÓ, J. A.  
(1992): «Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica» en M. E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. AUSA. Sabadell: 189-208.
- BARCELÓ, J. A.  
(1995): «Sociedad y Economía en el Bronce Final Tartésico». *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Jerez de la Frontera: 561-589.
- BARROS, L. DE – CARDOSO, J. L. – SABROSA, A.  
(1993): «Fenícios na margen sul do Tejo. Economia e integraçao cultural do Povoado do Almaraz – Almada». *Estudos Orientais* 4: 143-181.
- BEIRAO, C. M.  
(1986): *Une civilisation protohistorique du Sud de Portugal (1er. Âge du Fer)*. París.
- BELÉN, M – ESCACENA, J.L.  
(1992): «Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental» en A. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, en *Complutum* 2-3: 65-87. Editorial Complutense, Madrid.
- BENDALA, M.  
(2000): *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*. Temas de Hoy. Madrid.
- BERROCAL, L.  
(1987): «La losa de capote (Higuera la Real, Badajoz)». *Archivo Español de Arqueología* 60: 195-207.
- BERROCAL, L.  
(1994): «El oppidum de Badajoz» en Almagro Gorbea y Martín Bravo (eds.), *Castros y oppida en Extremadura*, Complutum Extra 4: 143-187.
- BLANCO FREIJEIRO, A.  
(1956): «Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península». *Archivo Español de Arqueología* 29: 3-51.

- BLANCO, J. L. – CELESTINO, S.  
 (1998): «La joyería orientalizante peninsular. Diversidad y particularidades a la luz de los últimos hallazgos». *Complutum* 9: 61-83.
- CELESTINO, S.  
 (1994): «Los altares en forma de lingote chipriota de los santuarios de Cancho Roano». *Revista de Estudios Ibéricos* 1: 291-304.
- CELESTINO, S. *et al.*  
 (1996): *El palacio-santuario de Cancho Roano V, VI y VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*. Serie Arqueológica del Museo de Badajoz 3-1, 3-2 y 3-3. Junta de Extremadura. Badajoz.
- CELESTINO, S. (ed.)  
 (1999): *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres*. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Cáceres.
- CELESTINO, S.  
 (2001b): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y la formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- CELESTINO, S.  
 (2001a): «Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico» en D. Ruíz Mata y Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante e la Península Ibérica*. CEPO, Madrid: 17-56.
- CELESTINO, S.  
 (2005): «El Periodo Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior» en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 767-786.
- CELESTINO, S. (e.p. ):  
 «La precolonización a través de los símbolos» en Celestino, Rafel y Armada (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE): La Precolonización a debate*. Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Roma.
- CELESTINO, S. – BLANCO, J. L.  
 (2006): *La joyería en los orígenes de Extremadura: el espejo de los dioses* Estudios históricos de Lusitania 1. Badajoz.
- CELESTINO, S. – ENRÍQUEZ, J. J. – RODRÍGUEZ DÍAZ, A.  
 (1992): «Paleoetnología del área extremeña». *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 311-328.
- CELESTINO, S. – JIMÉNEZ, J.  
 (2004): «El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres). Estudio preliminar» en Perea, Montero y García-Vuelta (eds.), *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXII. Madrid: 197-208.
- CELESTINO, S. – LÓPEZ RUIZ, C.  
 (2006): «New light on the warrior Stelae from Tartessos» *Antiquity* 80: 1-13.
- CELESTINO, S. – SALGADO, J. A. (e.p. ):  
 «¿Fenicios en el interior?» en *VI<sup>th</sup> Congress of the Phoenician and Punic Studies. Lisboa 2005*. BAR International Series.
- CELESTINO, S. – SALGADO, J. A. (e.p. ):  
 «Fenicios e indígenas a través del tesoro de Aliseda» en B. E. Solans – J. J. Justel – J.-P. Vita – J. Á. Zamora (eds.), *Las aguas primigenias: el Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización. Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo*. Zaragoza 2006: 587-602.
- CORREIA, V. H.  
 (1996): *A epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da Peninsula Iberica*. Etnos. Oporto.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. – GONZÁLEZ BORNAY, J. M. – DE HOZ, J.  
 (2005): *Catálogo de Estelas Decoradas del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. Siglos VIII-V a.C.* Junta de Extremadura. Badajoz.
- ENRÍQUEZ, J. J.  
 (2006): «Arqueología rural y estelas del S.O. (Desde la Tierra, para la Tierra y por la Tierra) *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 14: 151-175.
- ENRÍQUEZ, J. J. – RODRÍGUEZ DÍAZ, A. – PAVÓN, I.  
 (2001): *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres). 1991-1993*. Memorias de Arqueología Extremeña, 4. Mérida.
- ESCACENA, J. L.  
 (2002): «Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir» en E. Ferrer (ed.), *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Spal Monografías II. Sevilla: 33-76.

- ESCACENA, J. L. – IZQUIERDO, R.  
 (2001): «Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un «barrio fenicio» de la *Caura Tartésica* en D. Ruíz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante de la Península Ibérica*. Madrid: 123-157.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. – RODRÍGUEZ AZOGUE, A.  
 (2005): «Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla)» en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 843-862.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. – PEREIRA, J.  
 (1992): «Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera» en *Congreso de Historia de Talavera de la Reina*. Toledo: 57-94.
- FRANKENSTEIN, S.  
 (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Ed. Crítica. Barcelona.
- GALÁN, E.  
 1993: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3. Madrid.
- GARCÍA HOZ, C. – ÁLVAREZ ROJAS, A.  
 (1991): «El Torrejón de Abajo (Cáceres)» *Extremadura Arqueológica II*: 199-209.
- GARCÍA SANJUÁN, L. – WHEATLEY, D. W. – FÁBREGA, P. – HERNÁNDEZ, M. J. – POLVORINOS, A.  
 (2006): «Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, Tecnología y Contexto». *Trabajos de Prehistoria* 63-2: 135-152.
- GONZÁLEZ CORDERO, A – ALVARADO, A. – BLANCO, J. L..  
 (1993): «Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera». *Trabajos de Prehistoria* 50: 249-262.
- GONZÁLEZ LEDESMA, C. (e.p.):  
 «Nueva estela de guerrero encontrada en el entono del embalse de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz)» en *Congreso de Estudios Extremeños*.
- JALHAY, E.  
 (1931): «O tesoiro de Álamo (Moura. Alentejo) Contribuição preliminar para o seu estudo». *Brotéria XII*: 35-44.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. ED.  
 (2006): *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*. Memorias, 5. Cáceres.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. – HABA, S.  
 (1995): «Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz)». *Complutum* 6: 235-244.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. – ORTEGA, J.  
 (2001): «El poblado orientalizante de El Palomar (Olía de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar» en D. Ruíz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO-CSIC. Madrid: 227-247.
- JUNYENT, E. et al.  
 (2005): «Dos hogares orientalizantes de la fortaleza de Els Vilars (Arbeca, Lérida) en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 651-667.
- KALB, P.  
 (1977): «Contribución para el estudio del bronce atlántico en Portugal: excavaciones en el castro Señora da Guia, de Baiões (Concelho Sao Pedro do Sul)» en *XV Congreso Nacional de Arqueología*. Lugo.
- LAGARCE, J. Y LAGARCE, E.  
 (1997): «Les lingots «au peau de boeuf», objects de commerce et symboles idéologiques dans le monde méditerranéen». *Revue du Centre d'Etudes phéniciennes-puniques et de Antiquités libyques* 10: 73-97.
- LARSEN, M. T.  
 (1987): «Commercial networks in the Ancient Near East» en M. Rowlands – M. Larsen – K. Kristiansen (eds): *Centre and periphery in the Ancient World*. Cambridge Univ. Press: 47-56.
- LÓPEZ PARDO, F.  
 (1990): «Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena. Badajoz)». *Gerión* 8: 141-162.
- MAIER, J.  
 (2003): «El lingote en rama chipriota o de piel de toro: símbolo divino de la antigua Iberia» en A. García Barquero y P. Romero Solís (eds.), *Fiestas de toros y sociedad*, Sevilla, 85-106.
- MAYET, F. – TAVARES DA SILVA, C.  
 (1997): «L'établissement phénicienne d'Abul (Alcácer do Sal)» en R. Étienne y F. Mayet (eds.), *Itinéraires lusitaniens. Trente années de collaboration archéologique luso-française*: 255-271. E. de Bocard, Paris: 255-271.

- MARÍN CEBALLOS, M. C.  
 (2006): «De Dioses, Pieles y Lingotes». *Habis* 37: 35-54.
- MARTÍN BRAVO, A. M.<sup>a</sup>  
 (1998): «Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del Tajo». *Archivo Español de Arqueología* 71: 37-52.
- MERIDETH, C.  
 (1998): «El factor minero: el caso del estaño y el poblado de Logrosán (Cáceres)» en Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura protohistórica: Paleoambiente, economía y poblamiento*. Cáceres: 73-96.
- MORENO ARRASTIO, F.  
 (2000): «Tartessos, estelas, modelos pesimistas» en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 153-174.
- MURILLO, J. F. – MORENA, J. A. – RUÍZ LARA, D.  
 (2005): «Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real». *Romula* 4: 7-46.
- ORTEGA, J. – VALLE, M.  
 (2005): «El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo). Primeros resultados». *Trabajos de Prehistoria* 61/1: 175-85.
- PELLICER, M.  
 (2000): «El proceso orientalizante en el occidente ibérico». *Huelva Arqueológica* 16: 119-140.
- NICOLINI, G.  
 (1990): *Techniques des Ors Antiques. La Bijouterie Ibérique du VIIe au IVe Siècle*. Picard. París.
- PAIXAO, A. C.  
 (2001): «Alcácer do Sal proto-histórica no contexto mediterrânico» en *Os Púnicos no Extremo Occidente*. 149-172. Lisboa: Universidade Aberta.
- PARREIRA, R. – PINTO, C. V.  
 (1993): *Tesouros da Arqueologia Portuguesa*. Museo Nacional de Arqueología y Etnología. Lisboa.
- PAVÓN, I.  
 (1998): *El cerro del castillo de Alange (Badajoz) Intervenciones arqueológicas 1993*. Memorias de Arqueología Extremeña 1. Mérida.
- PEREA, A.  
 1991: *Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro*. Comunidad de Madrid. Caja de Madrid.
- PEREA, A.  
 (2005): «Relaciones tecnológicas y de poder en la producción y consumo de oro durante la transición Bronce Final-Hierro en la fachada atlántica peninsular» en S. Celestino – J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 1077-1088.
- PEREA, A. Y ARMBRUSTER, B. R.  
 (1998): «Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de El Carambolo, Sevilla». *Trabajos de Prehistoria* 55 (1): 121-138.
- PEREIRA, J.  
 (1989): «Nuevos datos para la valorización del Hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)» en *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell: 395-409.
- PEREIRA, J.  
 (2005): «Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del Periodo Orientalizante» en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 167-188.
- RODRÍGUEZ AZOGUE, A. – FERNÁNDEZ FLORES, A.  
 (2005): «El santuario orientalizante del cerro del Carambolo, Camas (Sevilla) Avance de los resultados de la segunda fase de la intervención» *El Período Orientalizante en la Península Ibérica*. (Celestino y Jiménez eds.) *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 863-871.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.  
 (1994): «Algunas reflexiones sobre la caída de Tartessos y el desarrollo de la Beturia prerromana: la crisis del Cuatrocientos». *CuPAUAM* 21: 9-34.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.  
 (2004): *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Universidad de Extremadura. Cáceres.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. – ENRÍQUEZ, J. J.  
 (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. – PAVÓN, I.  
 (1999): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Campaña de 1995*. Aliseda.
- RUÍZ, A. – MOLINOS, M.  
 (1997): «Sociedad y territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI-IV a.C.». *Huelva Arqueológica* XIV: 11-30.
- RUÍZ-GÁLVEZ, M.<sup>a</sup> L.  
 (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *Spal* 1: 219-251.
- RUÍZ-GÁLVEZ, M.<sup>a</sup> L.  
 (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a los orígenes de Europa Occidental*. Barcelona, ed. Crítica.
- SALGADO, J. A.  
 (2006): «Las cerámicas» en *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*. Memorias, 5. Cáceres.
- TAVARES DA SILVA, C. et al.  
 (1981): «Excavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (Campanha de 1979)». *Setúbal Arqueológica* 6-7: 149-218.
- TORRES, M.  
 (2005): «Tartésios, Fenícios y Griegos en el Sudoeste de la Península Ibérica: algunas reflexiones sobre los recientes hallazgos de Huelva». *Complutum* 16: 292-304.
- VILAÇA, R.  
 (1995): *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze*. Trabalhos de Arqueologia, 9. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico. Torres Vedras-Lisboa.
- VILAÇA, R. (e.p.):  
 «Reflexões em torno da “presença mediterrânea” no Centro do território português, na charneira do Bronze para o Ferro» en Celestino, Rafael y Armada (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE): La Precolonización a debate*. Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Roma.
- WALID, S. – NUÑO, R.  
 (2005): «Aplicaciones arqueogeográficas al estudio de las sociedades del Periodo Orientalizante: ¿quién construyó Cancho Roano?» en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 977-984.
- ZARZALEJOS, M. – LÓPEZ PRECIOSO, F. J.  
 (2005): «Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes e la Meseta Sur» en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV. Mérida: 809-841.